Saramago en Salamanca

Haydée Borowski / Silvia Ferrari Carmen Santander / Mercedes García Saraví*

(*) Docentes e Investigadoras de la FHyCS, UNaM.

El 28 de junio fue un día memorable para quienes tuvimos la oportunidad de asistir, en la Universidad de Salamanca al acto de investidura como Doctor Honoris Causa de José Saramago. La ceremonia tuvo lugar en el marco del XXXIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.

Conviene recordar, para preparar la evocación del ambiente, algunos mecanismos que se pusieron en funcionamiento. Las Universidades surgieron en la Edad Media, que ha cargado a veces injustamente con el calificativo de época oscura, como asociaciones libres entre maestros y estudiantes. Una universitas era por entonces un gremio, un cuerpo de artesanos y a la vez la multitud de todas las cosas. La primera universidad española fue la de Salamanca, de la que se tienen noticias ya en 1218, cuando Alfonso IX de León fundó una escuela de estudios generales en la ciudad, favorecida por un clima adecuado para el estudio. Hay documentos que prueban que en 1179 se otorgaba el título de Magister en aulas improvisadas allí donde los alumnos y los maestros se reunían. Han enseñado y estudiado en sus aulas entre otros, Antonio de Nebrija, autor de la primera gramática castellana, Francisco de Vitoria, defensor de los derechos de los indios, Francisco Salinas, músico notable, y escritores famosos como Lope de Vega, Calderón de la Barca, y por supuesto, su Rector por antonomasia, don Miguel de Unamuno.

El edificio data del siglo XV, época de los Reyes Católicos, grandes favorecedores de la institución. El aula Fray Luis de León grafica el ambiente de aquellos tiempos, y se conserva como estaba cuando el maestro regresó de la cárcel para pronunciar su famosa frase: «decíamos ayer». El Paraninfo, o Aula Magna, fue la antigua sala de Derecho Canónico y ostenta una colección de tapices flamencos del siglo XVII, y grabados con las imágenes de Fernando e Isabel de Castilla, un cuadro de la época de Goya con la efigie de Carlos IV, a más del estandarte de la Universidad, de terciopelo rojo, con el escudo bordado con hilos de plata.

La presentación escenográfica sirve para delinear aquellos componentes que señalaba arriba. Los hombres medievales conocían bien la fuerza de la ceremonia, y establecieron desde entonces rituales que han sabido conservar los claustros. La solemnidad y la pompa, los coros y las chirimías (instrumentos de viento a los que solemos ver, sin saber que lo son, en algunas películas de época) crean en el ámbito y en la gente un aura que emociona y conmueve. Las palabras leídas en latín, los vistosos ropajes, los desfiles de hombres y mujeres aportan al paraninfo una densidad que pocas veces hemos vivido.

Acostumbrados a la estética hollywoodense de un ritual de togas y birretes, el contraste con la pautada danza ceremonial, sin lugar para la superficialidad y cargada de simbología expulsa la falsa solemnidad. Como música de cierre, el *Gaudeamos Igitur*, himno internacional de los estudiantes, contribuye a la atmósfera emotiva y acompaña la alegría de cuantos hemos sido autorizados a enseñar, entender e interpretar, mandato que el Rector traslada al doctorando.

Los símbolos subrayan decíamos, la signifi-

cación. En realidad, todos y cada uno de los componentes aportan un sentido a la ceremonia. Los más evidentes y destacables son el código cromático de los ropajes de los doctores, entre los que destaca el azul celeste que corresponde a la Filología. El birrete, que permite al doctorando sobresalir sobre los demás en dignidad y que como el yelmo de Minerva lo protege para la lucha. El anillo representa a la sabiduría que se le ofrece como esposa en perpetua alianza. Un libro abierto, para que abra los secretos del saber, y el libro cerrado, para que dichos secretos según convenga, se guarden en lo profundo del corazón. La silla es la cathedra desde donde el maestro puede enseñar, gobernar, juzgar y prestar sus servicios.

El ritual señala pasos y movimientos que bien podríamos comparar a un ballet sordo. El cortejo que está formado por el claustro de los doctores, se convoca por un golpe del cetro del maestro de ceremonias, y se pone en marcha precedido por las chirimías, y acompañado por los heraldos y los maceros. Una vez todos en la sala, se ubican en los sitios que les corresponden, y la madrina - en este caso Carmen Ruiz Barrionuevo - convoca al doctorando al aula.

Los discursos que siguen enumeran los méritos del candidato, y luego de concedido el grado, Saramago agradece con palabras que no desdeñan la ironía. Los tonos y musicalidades del portugués nos regalan una escueta y sustanciosa meditación sobre el tiempo.

Las palabras del Rector destacan por sobre todo la vocación de la universidad por la defensa de la pluralidad de pensamiento, que ha defendido a ultranza desde su fundación y de la que dan cuenta las actitudes de sus maestros, desde Fray Luis a Unamuno, enfrentados a los poderes de la inquisición y en rebeldía contra las injusticias del statu quo.

No es intención de este relato postular una ponderación arqueológica, sino insinuar la posible perduración del pasado en el presente, en el sentido que le dio el propio nuevo doctor a lo largo de su discurso. «Tentadora especulación que dejo en suspenso. Con mayor atrevimiento, quizás, lo que voy a permitirme es poner en duda la existencia de un presente, o mejor, de algo a lo que podamos dar ese nombre por más tiempo que el que la misma palabra (y ya será conceder mucho) tarda en ser pronunciada. Acepto que para las necesidades de comunicación tengamos que utilizar una noción consensuada de presente entendido como tiempo actual (lo que sucede ahora), además también éste difícilmente determinable si pretendemos tomar uno y otro como sinónimos exactos y perfectos. En mi relación personal con el Tiempo, sin embargo, no encuentro lugar sino para el pasado (el tiempo vivido) y un futuro (el tiempo por vivir). El Presente no será, por tanto, más que un «cursor» que se desliza a lo largo de una escala, caracterizado por no ser, ni siquiera, mensurable, nada más que un punto móvil, imparable, una luz que corre hacia las tinieblas dejando tras de sí una claridad difusa, para la que la difícil memoria de los tiempos se hará cada vez más ciega, hasta que el flujo del olvido recubra todo».

Refuta la atribución de novela histórica que cierta crítica, más expedita que atenta, viene dando a alguno de sus libros. Con su opinión de práctico, propone que el rótulo debería ser retirado del instrumental analítico en nombre de la evidencia de que toda ficción literaria no es sólo histórica, como tampoco puede dejar de serlo. Para cerrar su alocución concluye «No se trata de condenar el trabajo de la Historia. Al contrario, considero incluso que sólo por una sistemática reinvención del Pasado, por su reexamen y ordenación, por la reevaluación de los hechos sucedidos, será posible la invención de un Presente nuevo, autocuestionante, autorreflexiva, y, en consecuencia, capaz de generar conscientemente Futuro, en lugar de correr a él a ciegas. Un Presente inventado todos los días sobre los datos nuevos o renovados del Pasado, podría quizás orientarnos hacia futuros mejores que aquellos que nos promete el momento que vivimos. Y a quien ha venido a anunciar, con enorme estrépito de falsas razones, el fin de la Historia, me arriesgaría yo a responderle que, así entendida, la Historia aún ni siquiera ha empezado".

Se transcribe la versión oficial en español del texto completo.

Solemne Investidura como Doctor «Honoris Causa» JOSE SARAMAGO

Discurso de José Saramago

Excmo. y Magfco. Sr. Rector de la Universidad de Salamanca, Ilustres Profesores, Estimados Alumnos, Señoras y Señores

Con una generosidad para la que difícilmente encontraré la justa palabra de agradecimiento, el Claustro Universitario aprobó que me fuera concedido el grado de doctor «Honoris causa», ciertamente por haber apreciado en mi trabajo de escritor méritos que, como es obvio, no me compete confirmar o negar. Me limitaré a relativizarlos, no por exagerar mi modestia congénita o por prudencia táctica adquirida con los años, sino por exigencia de espíritu convertida ya en segunda naturaleza. Me es lícito creer, sin embargo, que si es verdad que he venido a este acto con la legitimidad de quien a él ha sido expresamente llamado, también es verdad que no me presento aquí con los manos vacías. He traído de casa algún trabajo, ése que la Prof Ruiz Barrionuevo con igual generosidad acaba de comentar, esto es, algunos libros, algunas ideas, algunas reflexiones, un puente de palabras por el que intento llegar a mis lectores, con la esperanza de que puedan encontrar en ellas, no sólo al autor, sino también al hombre real, la simple persona que soy. No pido más porque es lo máximo que pido.

Excmo y Magfco. Sr. Rector. Señoras y señores.

Vida larga, tránsito de los días, despedida del siglo y del milenio. Os podrá parecer, por este enunciado, que he venido a Salamanca para abrir mis puertas y vuestras puertas a la interrogación del cambio, a la conciencia de la fugacidad de la existencia, a la melancolía de lo irremediable. No va a ser así. Sólo unas cuantas observaciones acerca del Tiempo y de las partes en que lo dividimos, o sea, Pasado, Presente y Futuro. Tema manido como los que más lo están pero al que, como si en cada momento tuviéramos la impresión de haber dejado para atrás el minuto más importante de nuestra existencia, siempre continuaremos volviendo.

Voy a comenzar por un gramático francés del siglo XVIII, un tal Nicolás Beauzée, hoy olvidado, autor de algunas ideas curiosas sobre el concepto de Presente, que, aunque de claridad poco meridiana, deberían tener, supongo yo, el objetivo de acabar de una vez por todas con la labilidad irritante de dicho concepto, implantando en el espíritu humano un nuevo y más sólido paradigma regulador de su relación con el Tiempo. Para Nicolás Beauzée, decididamente, se había hecho inaceptable una definición unívoca y exclusiva del Presente. Podemos imaginar que este hombre, metafísico además de gramático, sufriría la angustia de no encontrar respuesta para la irónica e inquietante pregunta: «¿Dónde crees tú que estás realmente cuando dices que estás en el Presente?». La verdad es que Beauzée acabó por elaborar un amplísimo conjunto de demostraciones, según las cuales el presente se dividiría en presente actual (por ejemplo: veo, escribo), presente anterior (empleado para el pasado), presente posterior (empleado para el futuro), presente indefinido (empleado para expresar proposiciones de verdad eterna), presente simultáneo (por ejemplo: me siento feliz cuando te encuentro), etc. La utilidad de tal clasificación es más que problemática, pero hay que reconocer el ingenio de nuestro gramático: sus propuestas, si no estoy extrapolando abusivamente el que me parece ser el sentido general de ellas, acabarían por llevarnos a la paradójica conclusión de que el Tiempo es, en fin de cuentas, todo él, reductible al Presente, de que el Presente es eterno, de que vivimos en su eternidad.

Se objetará que son ingenuidades de una ciencia todavía poco segura de su saber y de sus posibilidades prospectivas. Pero ¿qué diremos entonces de la definición de presente que nos ofrece uno de los más autorizados diccio-

narios de la Lengua Portuguesa, el del filólogo brasileño Aurelio Buarque de Holanda? Reza así la entrada: «Presente: el periodo de tiempo, de mayor o menor duración, comprendido entre el pasado y el futuro». ¿No estaremos reconociendo aquí el mismo tipo de perplejo desaliento mental que habría llevado al setecentista francés a fracturar el Presente en una pluralidad de presentes? ¿No es verdad que, tal como Beauzée, el presente definido por Aurelio Buarque de Holanda está obligado a entrar indefinidamente dentro del Pasado, y también que el mismo Futuro no está a salvo de las habilidades invasoras del Presente?

Tentadora especulación que dejo en suspenso. Con mayor atrevimiento, quizás, lo que voy a permitirme es poner en duda la existencia de un presente, o mejor, de algo a lo que podamos dar ese nombre por más tiempo que el que la misma palabra (y ya será conceder mucho) tarda en ser pronunciada. Acepto que para las necesidades de comunicación tengamos que utilizar una noción consensuada de presente entendido como tiempo actual (lo que sucede ahora), además también éste difícilmente determinable si pretendemos tomar uno y otro como sinónimos exactos y perfectos. En mi relación personal con el Tiempo, sin embargo, no encuentro lugar sino para el pasado (el tiempo vivido) y un futuro (el tiempo por vivir). El Presente no será, por tanto, mas que un «cursor» que se desliza a lo largo de una escala, caracterizado por no ser, ni siquiera, mensurable, nada más que un punto móvil, imparable, una luz que corre hacia las tinieblas dejando tras de sí una claridad difusa, para la que la difícil memoria de los tiempos se hará cada vez más ciega, hasta que el flujo del olvido recubra todo.

La constante necesidad de metaforizar muestra perfectamente cuán lejos está este discurso de una postura mínimamente científica o filosófica. Con la petulancia propia de un novelista he escrito una vez que la mejor manera de explicar las cosas es la metáfora, esto es, decir una cosa por otra. En este momento no estoy tan seguro. Lo que tengo que indagar es el punto de vista del escritor que soy sobre la mate-

ria, los objetivos y los medios de que me sirvo y que me sirven en mi trabajo. Y también por qué, para qué y cómo he venido produciendo estas composiciones literarias a las que llamamos novelas. Pero igualmente qué relaciones establecen ellas con el Tiempo, ese Tiempo que percibo unificado, ese tiempo indivisible. A la otra pregunta irónica: «¿Entonces dígame, pues, hacia dónde va el tiempo?», respondería con la tranquilidad de los convencidos: «El tiempo no va hacia ningún lugar, el tiempo no tiene hacia donde ir, el tiempo se queda donde está, en el Tiempo».

He rechazado, a veces con impaciencia que no consigo disimular, la clasificación de novelas históricas, que cierta crítica, más expedita que atenta, viene dando a algunos de mis libros. En mi opinión de práctico, que más que de eso no presumo, se trata de un rótulo que debería ser retirado del instrumental analítico en nombre de la evidencia de que toda ficción literaria (y, en sentido amplio, toda obra de arte) no es sólo histórica, como tampoco puede dejar de serlo. Y una novela que pretendiese presentarse como «lectura» de este preciso momento en que estamos no tendría otro remedio que utilizar materiales históricos de todo tipo (léxicos, semánticos, ideológicos, etc.), próximos y remotos, quizás abominados éstos en nombre de cualquier modernismo. Siempre los modernismos van a esa batalla, siempre a esa batalla no podrán dejar de ir. Y siempre perderán porque inapelablemente siempre la vencen.

¿Es histórica una novela porque en ella se trata del siglo XVIII, o del siglo XII, o de la época de Jesús? Admitámoslo. Y una novela en la que se describen hechos sucedidos en 1936, ¿será igualmente histórica? Y si fueran históricos una y los otros, ¿lo serán de la misma manera y por las mismas razones? ¿En qué fecha ha comenzado entonces la actualidad? ¿A qué hora ha empezado el presente? ¿Cuándo, en qué minuto del tiempo futuro, el que hoy es tiempo actual será tiempo del pasado? El presente, me atrevo a decirlo, es una continua invención nuestra, una especie de passarola (artilugio volador) vacilante que nos va aguantando entre

cielo y tierra, entre la perplejidad del Futuro y el Pasado irremediable.

Como sabemos, no es indiferente que usemos la palabra pasado o la palabra historia Es cierto que ambos conceptos se refieren al tiempo que fue, al tiempo vivido, pero ningún historiador cometería, por ejemplo, el error grave de titular un libro El pasado de Portugal en vez de Historia de Portugal. Sabe que el Pasado es el tiempo todo, un tiempo informe inconexo, amalgamado, un tiempo simultáneamente expansible y comprimible en todas las direcciones, y si quiso ser historiador fue exactamente para transformar, organizándolo, el Pasado en Historia. La Historia será, pues, una antología, un ajustamiento interpretado de hechos, un articulación de fechas, un catálogo de nombres. La Historia, y lo digo sin merma del respeto que me merecen ella y los que la hacen, se autoriza el ilogismo de tomar una parte por el todo, cometiendo después la proeza admirable de hacerse aceptar, en sus trazos generales, por algo que difícilmente se irá a dejar discutir y transformar. Gracias a una operación con algo de mágico, el Presente, que tan mal se conoce a si mismo y que siempre ha de necesitar hacerse Pasado para que, retrospectivamente, podamos reconocer en él las definiciones de que careció en su propio tiempo, el Presente, digo, supone, paría Historia, conocer del Pasado lo suficiente para comprenderlo y juzgarlo.

No se trata de condenar el trabajo de la Historia. Al contrario, considero incluso que sólo por una sistemática reinvención del Pasado, por su reexamen y ordenación, por la reevaluación de los hechos sucedidos, será posible la invención de un Presente nuevo, autocuestionante, autorreflexiva, y, en consecuencia, capaz de generar conscientemente Futuro, en lugar de correr a él a ciegas. Un Presente inventado todos los días, sobre los datos nuevos o renovados del Pasado, podría quizás orientarnos hacia futuros mejores que aquellos que nos promete el momento que vivimos. Y a quien ha venido a anunciar, con enorme estrépito de falsas razones, el fin de la Historia, me arriesgaría yo a responderle que, así entendida, la Historia aún ni siquiera ha empezado.

¿Qué lugar ocupa entonces, de qué medios se sirve, qué fines quiere conseguir el trabajo del novelista? La respuesta ya se ha dado implícitamente, y, más que el comentario de un escritor interpelado por un tema, es mi percepción, reconozco que poco sólida en la substancia y tosca en la expresión, de una humanidad vista como transportadora de tiempo, la idea, también de que toda comprensión del mundo y de la vida solamente ficcionante podrá ser: histórica para el Pasado, caótica para el Presente, utópica para el Futuro.

Mis últimas palabras, Excmo. y Magfco. Sr. Rector, serán para expresar mi profundo reconocimiento por el honor que la Universidad de Salamanca me ha concedido al acogerme entre los suyos. Me esforzaré, en cualquier circunstancia, en ser digno de ella, para no desmerecer jamás de vuestro buen juicio, gracias al cual me han sido abiertas las puertas de esta casa, que a partir de ahora consideraré también mía.

Muchas gracias.

José Saramago